

JEFF CREEPY

SUPERSUSTOS

DENTRO DEL RETRATO PERVERSO



DESTINO



SUPERSUSTOS

JEFF CREEPY

**DENTRO DEL RETRATO
PERVERSO**

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Dentro del retrato perverso*

© del texto: Carlos Abreu Fetter, 2018

© de las ilustraciones, Pol Cunyat, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19534-4

Depósito legal: B. 20.195-2018

Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

— Bueno, ¿qué te parece? Una cucada, *n'est-ce pas?*
B Emily y su madre contemplaban el antiguo edificio de dos pisos de piedra gris y con tejado de pizarra sobre el que se alzaba una chimenea de ladrillo. En cada planta había dos miradores con tres ventanas altas y estrechas con los marcos de madera carcomidos. El jardín, por llamarlo de alguna manera, era un terreno cubierto de matojos con un viejo columpio a un lado. La mansión se encontraba en lo alto de una colina desde la que se veía toda la ciudad de Downsbury.

—A mí me da mal rollo... —musitó Emily.

—Pero ¡si es una preciosidad! —dijo su madre, sonriente—. Una joyita de otro tiempo. *C'est magnifique!* Un par de arreglos y quedará como nueva.



Jane era una entusiasta del bricolaje y las reformas, lo que les vendría bien para ahorrarse dinero en fontaneros y albañiles. Sin embargo, a Emily le daba la impresión de que aquello iba a necesitar algo más que «un par de arreglos».

—Además, habrá espacio de sobra para colgar tus pinturas —añadió su madre—. Quedará de lo más chic...

—¡Anda ya, mamá! No son lo bastante buenas para colgarlas en ningún sitio —protestó Emily.

—Algún día lo serán, *ma chérie*. Bueno, ayúdame a descargar —dijo su madre. Luego se volvió

hacia la furgoneta que había alquilado para la mudanza y empezó a sacar cajas de la parte de atrás.

El tío abuelo Rupert, al que Emily apenas conocía, había muerto hacía unas semanas y, como no tenía hijos, Jane había heredado aquella mansión destartalada. Les había venido muy bien, pues el propietario del piso donde vivían en la capital quería subirles el alquiler. La casona llevaba deshabitada varios años; Rupert solo la había comprado como inversión.

Emily le echó otra ojeada y sintió un estremecimiento. Aquella casa le producía una sensación extraña.

Se sacó del bolsillo el teléfono móvil que su madre le había comprado («para que te comuniqués con tus compis y no te sientas solita en la nueva ciudad», le había dicho), le hizo una foto a la mansión y se la envió a Jim.

Jane, con una pila de cajas en equilibrio sobre una mano, abrió la puerta con la enorme llave de hierro y pasó al interior. Emily la siguió, armada con su caballete y su estuche de acuarelas, pero pronto frenó en seco.

Al entrar se encontró frente a un amplio salón con el suelo de tablones. Gruesas cortinas de terciopelo granate tapaban las ventanas. Había varios muebles tapizados con una tela verde oscura. Todo estaba cubierto de polvo. Del techo de madera colgaba una gigantesca lámpara de araña con brazos de bronce y cientos de piecitas de cristal. Una escalinata con algunos peldaños rotos o torcidos subía hasta la primera planta. Todos los rincones y recovecos estaban invadidos por unos largos y finos hilos blancos. Emily arrugó la nariz con repelús. Eran telarañas.

De pronto, notó que le vibraba el teléfono. Era un mensaje de Jim.

J ¡Cómo mola la foto! ¿Vais a vivir en la mansión de Drácula? ¡Dormir en un ataúd es lo máximo!

Jim, siempre con sus bromitas. Tecleó una respuesta:

E Pues espera a ver cómo es por dentro.

Abrió la aplicación de la cámara, alzó el móvil y disparó. El flash iluminó el vestíbulo durante una fracción de segundo.

—¿Tomando fotos para presumir ante tus ami-

guitos? ¡Qué cuqui! —comentó su madre, dejando las cajas en un rincón.

—Solo es para Jim, mamá —respondió Emily, irritada—. No tengo otros amigos.

—Seguro que aquí harás más. Es una ciudad chachi —dijo Jane volviendo hacia la puerta.

—Sí, seguro... —musitó Emily. Se le revolvió el estómago al pensar que dentro de pocos días empezaría a ir a su nuevo colegio. No quería hacer más amigos. Quería estar tranquila, como cuando vivían en la capital. Quería llevar una vida normal.

Echó otro vistazo a aquel salón desvencijado y encorvó los hombros, desanimada. Llevar una vida normal en ese lugar no sería fácil. El teléfono le vibró otra vez. Era un nuevo mensaje de Jim.

● ¡Qué acogedor! El sitio ideal para resucitar a los muertos. ¡Recuérdame que no te visite nunca en la vida!

Emily tampoco contaba con ello de todos modos. Aunque Downsbury no estaba lejos de la capital, a Jim no le gustaba salir de casa, y mucho menos de su barrio. Prefería quedarse en su cuarto trasteando con sus inventos electrónicos. Aun así, Emily lo echaría de menos.

—¡Alegra esa carita, *ma chérie*! —dijo su madre al entrar por la puerta cargada con más cajas—. Es verdad que la casa está un poco sucia, pero no te preocupes: esto lo limpiamos en un periquete. Con un trapito, un plumerito y una escobita... *voilà*!

—Si el tacaño del tío Rupert hubiera pagado a alguien para que limpiase de vez en cuando... —protestó Emily.

—¡No hables así del tío Rupert! —Jane sujetó a Emily por los hombros, mirándola a los ojos—. Oye, sé que esto no es fácil para ti, *chouchounette*. Pero ¿qué te digo siempre, eh? ¿Qué te dice mamá?

—Que hay que ser siempre positivas —recitó Emily de mala gana.

—Todo es cuestión de aclimatarse. Ya lo verás: seremos como un par de princesitas en su castillo. ¡Elsa y Anna en Arendelle!

A Emily se le escapó la risa.

—¿Princesitas? ¡No seas cursi!

—Y tú no seas insolente, *ma petite cocotte* —dijo Jane, haciéndole una caricia en la mejilla. Después de depositar las cajas junto a las que había dejado antes, salió de nuevo hacia la furgoneta.

Emily no sabía por qué a su madre le gustaba tanto decir cosas en francés. Lo máximo que había estado en Francia había sido un fin de semana en Eurodisney.

Se paseó por la sala mirando el entorno. Al fijarse en la repisa de la chimenea, vio que había varios objetos encima. Se acercó para examinarlos: un colmillo, una bola brillante de un color negro intenso, una pluma negra y gris y una cosa alargada y peluda, seguramente la cola de algún animal. A Emily le dio dentera. ¿Quién podía querer tener adornos como esos en casa? ¿Qué clase de gente había vivido allí?

De pronto, aquella oscuridad le pareció insostenible. Se acercó a una de las cortinas y la descorrió para que entrara un poco de luz.

Los rayos de sol que se colaron por la ventana hicieron brillar dos círculos amarillos que había detrás de las cajas... ¡Un par de ojos! De pronto, se oyó un fuerte chillido y una sombra oscura con una hilera de dientes afilados y brillantes se abalanzó sobre ella, derribando todas las cajas a su paso.